

Zonas arqueológicas en Guanajuato

Luis Alberto López Wario*

Carlos Castañeda López, Gabriela Zepeda García Moreno, Efraín Cárdenas García y Carlos Alberto Torreblanca Padilla, *Zonas arqueológicas en Guanajuato. Cuatro casos: Plazuelas, Cañada de la Virgen, Peralta y El Cópore*, Guanajuato, Fideicomiso de Administración e Inversión para la Realización de las Actividades de Rescate y Conservación de Sitios Arqueológicos en el Estado de Guanajuato/Instituto Estatal de la Cultura, 2007.

Me resulta más cómodo enfrentarme a las palabras cuando tengo que verterlas en papel que en vocablos. Por ello, cuando la arquitecta Guillermina Gutiérrez me pidió en el 2006 que escribiera la presentación para el libro que aborda los resultados de las investigaciones de cuatro sitios arqueológicos explorados en el estado de Guanajuato en el reciente lustro, mi respuesta fue un abrumado pero rotundo sí. Espero que esas palabras ya impresas en ese magnífico y elegante libro logren transmitir la amplitud y diversidad de sensaciones, percepciones, cariños y las gratificantes disparidades de entendimiento que me generan los trabajos arqueológicos encabezados por Efraín Cárdenas, Carlos Casta-

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.



ñeda, Carlos Torreblanca y Gabriela Zepeda.

Sin embargo, cuando la arquitecta Guillermina Gutiérrez me invitó a participar en una de las presentaciones que se realizarían para este libro, mi sí ya no fue tan rotundo, ya que la capacidad de improvisación no es uno de mis fuertes. Por ello, preferí decir también un abrumado pero ahora tímido y temeroso sí, con la esperanza de tener la oportunidad de crear un discurso grato y fluido, que me permitiera aprovechar la oportunidad para expresar mis sinceros agradecimientos por considerarme partícipe de estos eventos, pero, principalmente, por haber podido colaborar en este gran proyecto de recuperar y poner en valor, como ahora se dice, cuatro zonas arqueológicas de Guanajuato.

Y pues no; no hubo forma de crear ese discurso improvisado, por lo que decidí aventurarme a escribir algunas líneas (pocas, que nadie se asuste ni bostece), pretendiendo que éstas plasmen mis sorpresas, gratitudes y reconocimientos, si es que en algo valen, a todos aquellos

que se esforzaron para que se cuente ahora en el estado de Guanajuato con estas cuatro importantes zonas arqueológicas, no sólo exploradas, sino ya poseedoras de un bagaje importante y sustentado acerca de los procesos de vida de sus constructores y habitantes, bagaje que les permite estar a ellos con ojos y oídos nuevos.

La pasión por la arqueología es un elemento que afortunadamente ha rebasado al reducido gremio de profesionistas; se han integrado personas de muy diversos orígenes, funciones y encargos; en mucho gracias a ellas es que esta labor ha fructificado. Me explico: lo que digo no es en demérito de la labor de los arqueólogos, pasados, actuales y aun los futuros, que han investigado e investigarán estas zonas arqueológicas, y ojalá las mucho más que se ubican en este estado. De manera alguna es mi pretensión, porque —subrayo— de ellos se esperan resultados, pues es su actividad. Quiero resaltar que el logro de esos arqueólogos en gran parte tiene su origen en el impulso por saber, colaborar, hacer y encontrarse con muchas otras personas.

Gratamente uno encuentra en la literatura escrita en este estado, ejemplos que nos hablan de la pasión por esta hermosa labor llamada arqueología. Anticipadamente ofrezco disculpas por este tiempo que voy a robarles, y máxime si algunos de ustedes ya conocen este texto. Decidí extenderme un poco y leerles este escrito que sobresale por su inteligencia, calidad y porque me parece oportuno



tuno, es un poema con su explicación que del mismo hace el poeta Margarito Ledezma sobre el supuesto trabajo arqueológico realizado a principios del siglo XX en el estado de Guanajuato, pero que sirve como parábola pícaro aplicada a la arqueología en general.

Recuperemos este poema que lleva por título Los monos enterrados, el que refleja la visión de no arqueólogos respecto a tan grata labor. El poema dice así:

Me dijeron que venían
no me acuerdo de qué parte,
y que sabían cosas de arte
y que hartas cosas sabían.

Y que venían a buscar
de esos monos enterrados,
mal hechos y mal forjados
que han dado mucho en sacar.

De esos que dicen las gentes
que los antiguos forjaban
y luego los enterraban
revueltos con sus parientes.

Son unos monos sin chiste,
con todas las patas chuecas,
que enterraban los aztecas
cuando fue la noche triste.

Y que ahora, según veo,
son cosas tan rebuscadas
que sacan buenas mantadas
y las llevan al museo.

Y duraron muchos días
buscando por dondequiera,
hasta en una nopalera
que era propia de mis tías.

Y después de hartó buscar

y gastar bastantes cobres,
nada que hallaban los pobres
y hasta ya querían llorar.

Temprano se levantaban,
trabajaban todo el día,
y creo tanto les urgía
que hasta de noche escarbaban.

Y lo hacían con tanto anhelo
que casi no descansaban;
pero nada que sacaban
de abajo del entresuelo.

Y, al ver la navegación
y el mitote que traían
y que nada conseguían,
me dio algo de compasión.

Y, pensándolo tantito,
dije así: como entre dientes:
“¡ayúdales! ¡pobres gentes!
¡no seas malo, Margarito!”

Y, hablando ya en otros tonos,
les di tan fuerte ayudada,

que hallaron una mantada
de puritititos monos.

Lo malo está que no puedo
explicarles cómo fue.
tal vez algún día podré
aclararles el enredo.

Sobre este poema dice don Margarito:

[...] ya comprenderán ustedes que en el argumento de mi poesía no puedo descubrir el cobre ni aclararles como le hice, pues no había de faltar quien se los chismiara a los interesados y todo se echaba a perder; pero la verdad es que un día que se descuidaron tantito y que yo no andaba tan ocupado ni tenía mucho quiacer ni en que divertirme, eche una buena maquila de esos monos orejones tan fierísimos y de animales y de pipas de tabaco y de otras cosas como ídolos y trastes de la antigüedad, y los pinté





de azul y negro y colorado, con rayas blancas y amarillas, y los eché a cocer en un horno de calabazas que tengo en el corral de la humilde casa de ustedes, y los enterré en un solarcito que tengo en las orillas del río, bien repartiditos por todo aquello, y también en unos socavones de tuzas que casualmente me encontré, pues han de saber ustedes que yo le entiendo algo a eso de los monos de lodo, tanto que una vez hasta puse un puesto en la plaza, en los días de nochebuena. Así es que fui al solar con los señores y luego que me los fui llevando, llevando y haciéndome el sorprendido para que los hallaran, comenzaron a sacarlos luego luego y hasta brincaban de gusto, y empezaron a decir que eran de los otomites, y yo... callado; y que eran de los chirimecos, yo... callado; y que eran de la noche triste, y yo... callado; y que eran de unos hombres medio indios y medio no indios, que habían venido camine y camine, atravesando casi todo el mundo, y yo... callado; y que eran de quién sabe dónde, y yo... callado; y estaban tan contentos que me dieron muchos abrazos y hasta querían darme dinero; pero yo por nada de esta vida se los quise recibir, pues ¿cómo les iba a recibir centavos todavía después de que los estaba haciendo tontos? ¡Ni que fuera tan diatiro!

Y al fin cargaron con todo el monerío y se lo llevaron con mucho cuidado para que no fueran a quebrarse, y hasta conmigo querían cargar para llevarnos a todos al museo de México, y me sacaron muchas vistas en diferentes aperturas y hasta me dieron un puro

que me dio una jaqueca y un dolorón de cabeza que válgame. Pero todavía esta es la obra de dios en que nadie sabe que yo hice toda esa tandada de monos figurados y mal hechos. Por eso no quise ponerlo en el argumento de mi poesía, y mucho les encargo y recomiendo que no se lo vayan a decir a nadie, ni menos a los interesados, si algún día vuelven por aquí, que dios nuestro señor quiera que no, y no lo permita, pues ya hasta algo de miedo me está entrando con ese motivo, porque donde lleguen a saber que yo fui el que hice los monos y los puse allí muy acomodaditos para que ellos los encontraran, quien sabe qué quieran hacer y cómo me vaya; peor si son servidores del gobierno, pues entonces puede que hasta quieran arcabucearme o seguirme otro perjuicio mayor. En fin, Dios dirá.¹

A través de sus palabras, de su creatividad, su amistad —con su bocanada de aire fresco y su gusto por la palabra—, don Margarito creó un canto al ingenio y a la fina ironía. De manera simple, contundente e inteligente nos hace reflexionar sobre la labor del arqueólogo, sobre el cómo es percibido, y lo hace con esa ventaja que poseen los

¹ Margarito Ledezma, *Poesías*, Guanajuato, junio 1920. Margarito Ledezma era un poeta y “humorista involuntario” (como el mismo se gustaba llamar) quien nació ya avanzado el siglo XIX en la hoy ciudad de Chamacuero de Comonfort, que junto con Salamanca y El Guaje son “los pueblos más limítrofes de todo el glorioso y fructífero estado de Guanajuato”, en palabras del mismo poeta en su dedicatoria en aquellos lejanos años de la primera edición de su libro.

neófitos, subrayando las actitudes asumidas por parte de los especialistas ante la gente que rodea un trabajo arqueológico e, incluso, sobre la eventual falsificación de discursos sobre “el pasado”, pues como dijo con toda lucidez e ironía académica el arqueólogo Manuel Gándara Vázquez: si la realidad no coincide con la teoría, peor para la realidad.

Espero que esta historia sirva para darnos idea de cómo “nos gastamos” en esta apasionante disciplina que es la arqueología.

Y es así como me fui adentrando también en ese apasionado medio, es decir, ya en esas tierras del Señor; y cabe recordar que, con la tensión de la arquitecta Guillermina Gutiérrez y tras múltiples intentos fallidos por una u otra razón, hasta que por fin tuve la oportunidad de conocer Plazuelas, con su magnificente arquitectura y la amplia presentación de Carlos; volver a sentir la emoción de ubicar, a lo lejos, con el señalamiento de Gabriela y después de la eternidad de trancas en el camino, la albura en el sol de mediodía de Cañada de la Virgen; compartir la emoción reflejada en el rostro de Lorena, asistente de la arquitecta Guillermina Gutiérrez, ante el sonido de la piedra campana en Peralta, con las explicaciones de Efraín; rememorar el asombro de Rosalinda cuando comprobó que las voces se escuchaban con nitidez de uno a otro extremo de la gran plaza en ese mismo sitio arqueológico; recordar la alegría de los niños del grupo en la empinada subida de El Cópore,

en un atardecer después de la lluvia, con la nueva frescura del viento y con un sol que volvía aún más brillante la luz, las rocas, el verdor que nos rodeaba.

Saber, con todos ellos, que éstos eran los caminos en la búsqueda de las respuestas a preguntas tan básicas y antiguas como el ser humano: ¿quién y cuándo construyó estas edificaciones?, ¿por qué lo hicieron aquí y no en otro lado?, ¿cómo vivían?, ¿cómo eran?

Y perdura en mi mente el recuerdo de los rostros, por lo general, sonrientes y a veces cansados, en ocasiones tensos por las preocupaciones, pero siempre atentos y creativos, de los miembros de las comisiones de trabajo, de los funcionarios de las entidades gubernamentales de todos los niveles, de los vecinos de las zonas arqueológicas, de los trabajadores que apoyaron las labores en campo y en gabinete.

Por ellos es que ahora brindo, por todos los no obligados, por cargo o profesión, por los anónimos que, día a día, enfrentaron la enorme tarea de tratar de reconstruir ese pasado que se pensaba ya ido, y que por fortuna y por su esfuerzo ahora se encuentra en piedra, en papel, en barro y, principalmente, en la memoria de los herederos que habían sido desheredados.

Gracias a todos los involucrados por hacer que este viaje se entienda que tiene escalas pero no estación terminal; por pensar que la arqueología es esfuerzo cotidiano, colectivo y placentero que, como la

mayor parte de los placeres de la vida, es compartido. Gracias a todos los involucrados porque robustecieron un proyecto que ahora se confirma fructífero: aquel camino que se basa en el esfuerzo, respeto, compromiso y diálogo entre los individuos y grupos participantes, entre el discurso y los hechos materializados, entre nuestra contemporaneidad y ese inmenso y ahora iluminado pretérito que han vuelto, con su labor, cálido presente.

No es mi pretensión ofender a alguien al no mencionarlo; entiéndase como desmemoria y no como grosería; me gustaría nombrar al licenciado Jorge Labarthe, ex titular de cultura del estado; al nuevo titular, doctor Juan Alcocer Flores; a la arquitecta Guillermina Gutiérrez, directora del INAH en Guanajuato;

a los presidentes municipales, pasados y actuales; al doctor Alejandro Martínez Muriel, anterior coordinador nacional de arqueología del INAH; a los miembros de Ediciones La Rana por su impactante labor de publicación; a los propietarios y poseedores de los predios donde se ubican los sitios arqueológicos estudiados; al personal técnico y administrativo de las instituciones involucradas en estas actividades; a los trabajadores de campo y gabinete; a los investigadores de diversas profesiones que colaboraron en los proyectos, así como a los arqueólogos Carlos, Armando, Efraín, Carlos y a mi inigualable Gabriela.

Gracias por invitarme a estar aquí con ustedes y felicidades por el esfuerzo que abre nuevas preguntas y por las gratas respuestas ya obtenidas.

